

Jaisab, el usurpador

Jaime Sabines nació en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, el 25 de marzo de 1926. Es hijo del mayor Julio Sabines, de ascendencia libanesa, y de doña Luz Gutiérrez.

Su padre, por mera casualidad, nació en una población del estado de Tabasco, de donde se lo llevaron a Cuba, sede de los Sabines emigrantes, y de ahí al Líbano, donde vivió los primeros catorce años de su vida, al cabo de los cuales volvió a la isla caribeña y de ahí a México. Participó en la Revolución y, al llegar a Chiapas, había alcanzado ya el grado de capitán de las fuerzas carrancistas. Por su parte, Doña Luz pertenecía a la alta sociedad chiapaneca de su tiempo. Es hija de Joaquín Miguel Gutiérrez, jurista y dirigente liberal que fue gobernador del estado en cuyo honor la capital, Tuxtla, lleva su apellido.

El origen libanés del mayor Sabines se manifestó en la vida cotidiana, sobre todo en la comida —le enseñó a su esposa

* Departamento de Humanidades, UAM-A. Este ensayo biográfico es la ampliación de otro originalmente publicado con el título "Jaime Sabines", en la revista *Papel de literatura*, núm. 11, México, CONACULTA-INBA, 1996. Para su realización fue fundamental el archivo hemerográfico que sobre el poeta existe en el Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura, del Instituto Nacional de Bellas Artes.

a cocinar el kipe, los alambres, el pan árabe— y en las lecturas. Jaime reconoce haber aprendido de su padre lo que es la fortaleza y la sensibilidad. Aunque era hombre brusco y trabajador, supo infundir en sus hijos el gusto por la literatura. Solía leerles, como parte de una tradición en la que él mismo fue educado, *Las mil y una noches*, que conocía casi de memoria. Hábil lector, intrigaba a sus escuchas, entre los que se encontraban otros niños amigos de sus hijos, suspendiendo las historias en momentos culminantes para rematarlas al día siguiente.

Su madre le heredó a Sabines el orgullo de ser humano y digno. Jaime la recuerda como una mujer “generosa y enérgica, espléndida y frutal”, siempre asombrada y despierta ante los progresos del hombre, sabía para qué servían las cosas y por eso les sacaba el mayor provecho. Era una ama de casa con ideas liberales, educada en la exquisitez de su época: tocaba el violín.

Jaime Sabines Gutiérrez consideraba haber tenido una infancia sencilla y común, como la de cualquier niño de su tiempo. Estudió la primaria en su ciudad natal. Los cursos transcurrían sin ninguna novedad, hasta que en sexto año estuvo a punto de reprobare porque durante la horas de clases prefería irse de pinta al río Sabinal, donde se quedaba jugando hasta la hora en que debía salir de la escuela. Afortunadamente la llegada del primer avión trimotor a Chiapas lo salvó, circunstancialmente, de repetir el sexto grado. Sucede que su hermano Jorge, tres años mayor que él, le avisó de la llegada de la novedosa máquina y le propuso que fueran a verla. En el camino se encontraron a un compañero de Jaime, quien le preguntó qué pasaba con él, los exámenes finales terminaban ese día. Jorge descubrió las pintas de su hermano menor, “el Chunco”—como le decía su mamá— y decidió acusarlo con su padre, no sin antes ir a ver el trimotor aquel. Al enterarse del engaño, el padre sólo dijo: “Agarra tu cuaderno y tu lápiz y te vas a la escuela. Si no me traes el certificado de primaria

te vas a entender conmigo." Para buena fortuna de Jaime, y en virtud de que antes del desliz había sido un buen alumno, su maestro le permitió presentar los exámenes con los niños del turno vespertino. Fue así como pudo concluir la primaria.

A lo largo de su infancia y adolescencia Sabines fue un gran recitador. Su madre solía llevarlo a las reuniones con sus amigas y ponerlo a declamar. Su fama creció hasta que llegó a convertirse en el orador oficial de su escuela, condición que muchas veces le resultó un fardo pues en el momento más inoportuno, mientras estaba a gusto con alguna noviecita, no faltaba la ocurrencia: ¡Que declame Jaime! Esta situación iría marcando su espíritu al grado de hacerlo aborrecer el arte de la memorización, hasta que, con los años, encontró una explicación filosófica para el olvido: recónditamente supo que olvidar es sobrevivir. Aun así, fue un gran cultivador de la memoria: sabía entero *El declamador sin maestro*, que contenía ciento catorce poemas, y del libro de historia de tercer año conocía todos los nombres de los reyes chichimecas, que enlistaba a las amigas de su madre.

Durante un breve lapso, tras venderse el rancho que el padre de Sabines tenía a las afueras de Tuxtla, del que buenos recuerdos familiares guardaba el poeta, la familia viaja a vivir a la Ciudad de México, donde Jaime estudia durante dos meses la secundaria, pero de inmediato vuelven a Chiapas, a Tapachula, donde completa el primer año de secundaria. Regresan a Tuxtla, ahí el poeta se inscribe en el Instituto de Ciencias y Artes, en el que estudiaría hasta finalizar su bachillerato.

Sus primeros versos los escribió, un poco por obligación, a los catorce o quince años. Su hermano Jorge deseaba participar en un concurso de poesía que organizaba el Instituto con motivo del día del maestro, pero debido a su edad y por no ser alumno de la escuela no lo podía hacer. Entonces le propuso a su hermano que mandara con su nombre ese par de cuartillas. Jaime se resistía ante aquella usurpación; sin embargo, ante la insistencia de toda la familia, accedió y las firmó con el

pseudónimo de Jaisab. El trabajo resultó ganador. El poeta coludido recibió el premio, por lo que se sintió obligado, a partir de ese momento, a escribir.

Más que anhelar ser poeta, Sabines se propuso serlo. Fue durante la preparatoria cuando publicó sus primeros poemas en el periódico de la escuela llamado *El Estudiante*. Algunos de ellos están en su primer libro, *Horas*. No obstante, reconoce que la mayoría de lo escrito en esa época eran versos de principiante, como lo dejan ver —dice— los mismos títulos: “A la bandera”, “A mi madre”, “Primavera”, “Introspección”, poemas a las novias. Sabines llegó a ser director de este periódico, que alguna vez lo consideró un futuro valor de las letras chiapanecas. Ya como director, publicó en la página poética una selección de escritores de su preferencia: Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, León Felipe, Antonio Espina, Federico García Lorca, Manuel y Antonio Machado.

Ser poeta es un destino

En 1945 viaja a la ciudad de México para estudiar medicina, decisión en la que ejerció gran influencia su maestro de botánica y zoología de la preparatoria, así como el deseo de sus padres de tener un médico en casa. Pero su concepto romántico de la medicina —quería inventar medicamentos— desapareció en los primeros meses en que estuvo en el antiguo edificio de la Inquisición, en la Plaza de Santo Domingo, en el centro histórico, edificio sede de la Escuela de Medicina. De pronto se encontró solo, en una ciudad indistinta, indiferente, y se puso a leer con fruición y desvarío. Nació la necesidad de escribir sus angustias. No quería ser médico. El poeta se hizo en ese tiempo en que estuvo en contacto con el dolor humano. Es en este mismo año cuando publica el primer poema que consideró bueno, “Introducción a la muerte”, en la revista *América*, que dirigían Efrén Hernández y Marco Antonio Millán.

Empezó a odiar de modo definitivo su fama como declamador cuando una ocasión su hermano Juan le pidió que fuera al entierro de un tal capitán Zepeda, al que Jaime no había conocido siquiera. Durante el sepelio a alguien se le ocurrió que dijera unas palabras. Inventó no sabe qué mientras íntimamente decía: “¡Al diablo con los chiapanecos que sólo me incitan a quedar en ridículo!” Tiempo después, cuando la poesía era parte inequívoca en su vida, decidió no hacer poesías declamables.

Durante tres años estudió medicina, sobre todo para no defraudar a su padre. Pero al fin un día decidió confesarle que iba a terminar la carrera muy a su pesar, sólo para no desilusionarlo, pero que no pensaba ejercerla. La reacción de su padre sorprendió a Sabines, pues contrario a lo que esperaba, la respuesta fue alentadora e incluso le preguntó por qué había tardado tanto en decidirse.

Jaime regresa a Chiapas, donde permanece un año. Trabaja como vendedor en la Mueblería Sabines, propiedad de su hermano Juan, el mayor de los tres mosqueteros, como solían llamarse cuando eran niños. En 1949 regresa a la ciudad de México e ingresa a la Escuela de Filosofía y Letras, que entonces estaba en Mascarones, en San Cosme. Venía becado por el gobierno de su estado con una cantidad de trescientos pesos mensuales, más que suficientes en una época en que se podía vivir con mucho menos que eso.

En su nueva facultad se sintió como pez en el agua, encontró su verdadera vocación, aprendió a ver la poesía no sólo como un don sino como un oficio. Entre sus maestros figuraban Julio Torri, Amancio Bolaño e Isla, Julio Jiménez Rueda, Enrique González Martínez, José Gaos, Eduardo Nicol. Entre sus compañeros y amigos de entonces destacan Sergio Magaña, Sergio Galindo —su gran amigo—, Emilio Carballido, Rosario Castellanos, Dolores Castro, Luisa Josefina Hernández. Algunos solían reunirse a discutir y comentar sus textos en la casa de Efrén Hernández, lugar al que asistían poetas,

novelistas y dramaturgos. Aquí conoció Sabines a Juan Rulfo, a Pita Amor, Guadalupe Dueñas, Juan José Arreola.

Aunque Jaime Sabines había comenzado a escribir desde los dieciséis años, lo que rescata es lo que empezó a hacer a partir de los veintitrés. Notó que tenía una voz propia, a pesar de las influencias bien definidas, y decidió publicar *Horas*. Sabines ha dicho que uno nunca debe escribir, cuando de verdad se quiere hacerlo, sino hasta que llegue a convencerse de haber logrado una voz personal, propia. Y esto lo considera un signo de madurez, pues todo lo anterior son influencias. Ser poeta es más un destino que una vocación.

Al aparecer *Horas*, Carlos Pellicer se ofreció a hacerle un prólogo, pero rechazó la oferta porque no deseaba empezar a andar con muletas, apoyándose en la celebridad de otro. El libro originalmente constaba de sesenta y dos poemas, al llevarlo a la imprenta llevaba treinta y dos, finalmente quedó con dieciocho. Se llama *Horas*, con h, “pues es como un doble juego de la poesía entre el tiempo y la voz oral”.

El mar se mide por olas,
el cielo por alas,
nosotros por lágrimas.

El aire descansa en las hojas,
el agua en los ojos,
nosotros en nada.

Parece que sales y soles,
nosotros y nada...

En 1952, cuando Jaime Sabines había cursado tres años en Filosofía y Letras, se ve obligado a regresar a Tuxtla pues su padre había sufrido un accidente y se encontraba grave. Jaime ya no pudo volver para concluir sus estudios. Durante los tres años que permaneció en la Universidad escribió tres li-

bros: *Horas*, *La señal* y *Adán y Eva*. Este último había sido escrito entre diciembre del 1950 y enero de 1951, esto es, antes de *La señal*. El libro, más que hablar de la tierra, dice, habla del paraíso. Aunque no hable de su tierra natal –pues se sabe un poeta que habla del mundo del hombre– Chiapas y su juventud le dieron carne y sustancia a esa libertad interior por la que siempre luchó.

Tarumba desesperado

En mayo de 1953 su hermano Juan, al ser elegido diputado, viaja a la Ciudad de México, motivo por el cual le deja su tienda de ropa a su hermano menor. Este mismo año Jaime contrae matrimonio con Josefa Rodríguez Zebadúa, Chepita. Se habían conocido desde que eran niños, sus familias eran asiduas. Cursaron juntos el tercer año de secundaria y toda la preparatoria. Tuvieron un primer noviazgo de seis meses, que se interrumpió durante dos años, cuando Jaime viajó para estudiar en la Universidad. Volvieron a encontrarse en la Escuela de Medicina, donde ella llegó para estudiar odontología. Un segundo noviazgo de siete años fue la preparación para su matrimonio, el 21 de mayo de 1953.

De regreso en Tuxtla, instalado en la tienda de telas El Modelo, Sabines se propuso como ejercicio de sombra –como hacen los boxeadores– hacer un soneto diario a lo largo de un mes, con la única finalidad de que la mano no se olvidara de escribir y no para buscar alguna disciplina, de la que, en el caso de la poesía, nunca fue creyente.

Durante siete larguísimos años, de 1953 a 1959, el poeta, a pesar de haber publicado tres libros, vive maldiciendo su suerte por tener que hacer algo tan indigno como barrer la calle, levantar las cortinas y mercar telas.

Entonces fue un gran aprendizaje de humildad —dice—, allí se me fue toda la vanidad, esa que tienen los jóvenes. Yo me sentía humillado y ofendido por la vida. ¿Cómo era posible que estuviese en aquella actividad, la más antipoética del mundo, la del comerciante? Fue un aprendizaje humano para desprenderme de mis vanidades.

Y al cabo de dos o tres años la actividad fue ejerciendo sus influjos. La hostilidad de la provincia, para un poeta que también ha probado la hostilidad de la gran urbe, se nota en su libro *Tarumba*.

Tarumba nació tras el mostrador de telas, en 1954, cuando iba a nacer su hijo Julio. A diferencia de sus libros anteriores, que son colecciones de poemas, éste es un único poema, de largo alcance. Con este libro se propuso reunir su tiempo, sus dolores, es un canto a la vida escrito para sí mismo. ¿Quién es *Tarumba*? Cualquier personaje, puede ser él mismo —explica—, un sonido, una protesta contra su circunstancia; es un grito rebelde y desesperado, un acto de afirmación y de fe. Sin embargo, el libro no le gustó a sus amigos, ni a Rosario Castellanos ni a Fernando Salmerón, excepto a Pedro Garfias, quien lo consideró como el primer gran poema de Sábines. Una vez publicado (1956), le merece el saludo y la felicitación del bardo Elías Nandino, quien califica a Jaime Sábines como un auténtico poeta.

Al publicar *Tarumba*, Sábines tenía treinta años, cuatro libros, estaba casado y tenía un hijo, vendía telas en su tienda, a donde llegaban a pedirle consejo y a beber con él otros poetas más jóvenes, Eraclio Zepeda, Juan Bañuelos, Óscar Oliva, quienes más tarde formarían parte del grupo La Espiga Amotinada. También lo visitaba la jovencita Elva Macías.

Estos días, iguales a otros días de otros años,
con gentes iguales a otras gentes,
con las mismas horas y los mismos muertos,
con los mismos deseos,

con inquietud igual a la de antes;
estos días, Tarumba, te abren los ojos,
el viento largo y fino te levanta.
No pasa nada, ni estás solo.
Pasas tú con el frío desvelado
y pasas otra vez. No sabes dónde,
a dónde, para qué.
Oyes recetas de cocina,
voceadores, maullidos.
¡Fiestas de la barriga, navidad, año nuevo,
qué alegres estamos,
qué buenos somos!
Tú, Tarumba, te pones tus alas de ángel
y yo toco el violín.
Y el viejo mundo aplaude con las uñas
y derrama una lágrima, y sonríe.

El manco de cien manos

Después de la publicación de su último libro, Jaime Sabines hubiera querido ir a vivir a la Ciudad de México, pero esto no sucedió sino hasta 1959, cuando su hermano Juan instala una fábrica de alimentos para animales, a la que llega a trabajar. Este mismo año, en el mes de abril, el Ateneo de Ciencias y Artes le otorga el Premio Chiapas.

De regreso en la Ciudad de México, escribe *Diario Semanario*, un poema —como dice el propio Sabines—, un poema de amor a la enorme ciudad, la reconciliación con la gran urbe. El libro ya no es producto de tensiones o de angustias sino un desahogo, y uno de los pocos libros no escrito por las noches, como solía hacerlo, sino por las tardes. Fue terminado en aproximadamente un mes, después de haber estado sin escribir por casi tres años.

A raíz de la enfermedad y muerte de su padre, Sabines escribe, en distintas épocas cada una, las dos partes de *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*:

I

Déjame reposar,
aflojar los músculos del corazón
y poner a dormir el alma
para poder hablar,
para poder recordar estos días,
los más largos del tiempo [...]

II

Del mar, también del mar,
de la tierra del mar que nos envuelve,
de los golpes del mar y de su boca,
de su vagina oscura,
de su vómito,
de su pureza tétrica y profunda,
viene la muerte, Dios, el aguacero
golpeando las persianas,
la noche, el viento.

De la tierra también,
de las raíces agudas de las casas,
del pie desnudo y sangrante de los árboles,
de algunas rocas viejas que no pueden moverse,
de lamentables charcos, ataúdes del agua,
de troncos derribados en que ahora duerme el rayo,
y de la yerba, que es la sombra de las ramas del cielo
viene Dios, el manco de cien manos,
ciego de tantos ojos,
dulcísimo impotente.
(Omniausente, lleno de amor,
el viejo sordo, sin hijos,
derrama su corazón en la copa de su vientre.)

De los huesos también,
de la sal más entera de la sangre,
del ácido más fiel,
del alma más profunda y verdadera,
del alimento más entusiasmado,
del hígado y del llanto,
viene el oleaje tenso de la muerte,
el frío sudor de la esperanza,
y viene Dios riendo [...]

“Todo el poema –rememora el poeta– se hizo con llanto, con sangre. Es un poema del que no me gusta hablar porque es puro dolor, desgarramiento, impotencia ante la muerte...”

Tres años después del fallecimiento de su padre y de los sonetos de la primera parte, escribe la segunda, porque se dio cuenta de que no podía sustraerse al tema de la muerte, que lo tenía sobrecogido, aplastado, en sus manos:

y después de tres años en que hice intentos de evadirme –dice– un día me enfrenté y escribí la segunda parte en el curso de un mes, pero tres años después, por eso habla de que: ‘mientras los niños crecen y las horas nos hablan tú, silenciosamente, lentamente te acabas...’ Fue una vivencia, en este caso diría yo –agrega el poeta– una *morencia*, si se puede decir, de la muerte del padre, total y absoluta, desde el momento de la enfermedad ante la impotencia de la muerte que llegaba...

La muerte y dios, pero no el dios antropomórfico cristiano, no, “dios es una buena palabra para decir lo innombrable, para decir todo lo que no conocemos, dios es la palabra que define nuestra propia ignorancia”. Dice Óscar Wong, siguiendo a Ramón Xirau y Merlau-Ponty: “En Sabines se observa esa visión trágica y tierna donde la carne le teme a la degradación física, al dolor. Esta conciencia corporal es, inobjetablemente, una actitud realista y puede considerarse [así] en tanto postura filosófica que determina su poesía.” Y en otro sitio distante

en el tiempo agrega el mismo Wong: “La muerte es un hecho real, involutivo, aunque al que desaparece todo le sobrevive. Y eso es lo incongruente, lo que molesta al poeta, ante ello la queja es amarga, el dolor lacerante”.

Mientras los niños crecen, con todos los muertos,
poco a poco te acabas.

[...]

(Flores dominicales a dos metros arriba
te quieren pasar besos y no te pasan nada.)

Libertad para escribir

En 1962, la UNAM publica el primer *Recuento de poemas* de Jaime Sabines, donde se recopila casi todo lo que ha escrito hasta entonces. Dos años después es becario del Centro Mexicano de Escritores, donde estaban Juan Rulfo, Francisco Monterde y Salvador Elizondo, además de Juan Tovar, Alejandro Aura y Elsa Cross. Es precisamente durante esta beca que el poeta escribe la segunda parte de *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*.

En 1965 visita Cuba como jurado del Premio Casa de las Américas. Queda impresionado por las carencias y mucho trabajo con que vivía la gente allá. Esto le produce un desencanto con la izquierda, de donde lo único que saca en claro son dos cosas: su admiración por Fidel Castro y que mientras los pueblos latinoamericanos son solidarios con el pueblo cubano los gobiernos no lo son tanto. A raíz de esta visita escribe algunos poemas de carácter político, de los escasos que con este corte hizo a lo largo de su vida, entre ellos “Cuba 65”, que incluiría en *Yuria*, obra publicada en 1967. *Yuria* no significa nada en especial, explica el poeta: es el amor, es el viento, la noche, el amanecer, incluso un país o bien una enfermedad.

En 1966 muere su madre, Doña Luz. Y para librarse de su espectro, de la angustia, o al menos para engañarla, se pone a trabajar hasta agotarse, y así purificar con cansancio el pensamiento. Hasta que, al cabo de unos meses, le escribe. Busca hacer un canto tierno, librarse de tantas muertes. Sin embargo, al final descubre que ante la muerte lo único que se tiene es la cabeza rota, las manos vacías, ante la muerte el poema no existe. “Doña Luz”, que forma parte del libro *Maltiempo* (1972), de cualquier modo no deja de ser una reflexión filosófica ante la vida, en la que nada se es, donde ninguna razón es válida para no ser bueno, donde se barrunta la presencia inconstante del hombre que por volverse para mirar su pasado, como la mujer de Lot, se convierte en estatua de sal. El libro habla de la cotidianidad, del cadáver de su gato, del viaje a la luna, del 68. No se trata de poesía de intensidad —había que darse un descanso— sino de ideas, de trucos, de inteligencia y malicia poética, explica el autor. Dos años más tarde de esta publicación, en 1974, recibe el Premio Xavier Villaurrutia.

Sabines afirma que no hay que temerle a las influencias, sobre todo a las formales, pues son las que uno busca eliminar. En su formación lo influyó Rafael Alberti, el *Ulises criollo*, de Vasconcelos, lo transformó, y despertaron su imaginación los cuentos de *Las mil y una noches*. Leía mucho, sin ningún plan. Entre sus libros de cabecera estaban la *Biblia*, el *Libro de Job*, el *Eclesiastés*, *Isaias*, el *Cantar de los cantares*. La *Biblia* —reconoce— “era mi libro de consuelo en los años de soledad, de traumas de juventud; no en el sentido religioso del consuelo de Dios, sino en el consuelo de encontrar otra gente que sufre, otra gente que está sola, otra gente que se estrella contra la vida todos los días; en este sentido la *Biblia* fue formativa, creativa”. En su formación espiritual también fue muy importante el libro *La filosofía perenne*, de Aldous Huxley.

Tres poetas que lo marcaron por temporadas definidas fueron Pablo Neruda, Federico García Lorca y Juan Ramón

Jiménez. La lectura de Joyce le dio la libertad y la certeza de que lo podía escribir todo; es decir, sin tratar de imitar, lo importante es tener la libertad para escribir que el autor del *Ulises* tuvo. También ama a Shakespeare, Goethe y Tagore, lo mismo que a César Vallejo, López Velarde y Omar Khayam, quien “habla de lo efímero de la vida, del vino y de las mujeres, del goce”. Considera que Dostoievsky y Rulfo son grandes poetas aunque hayan escrito prosa.

La espontaneidad del veneno

En el universo poético-existencial de Jaime Sabines, el amor, la muerte, el hombre, Dios, la soledad son temas recurrentes. Existe en su poesía una conciencia trágica del dolor humano ante lo inexorable que se fragua al margen de la voluntad, y esta conciencia, lejos de manifestarse por medio de lucubraciones abstractas, verbalizaciones complicadas y malabarismos, se nos ofrece con la sencillez impúdica que sólo unos pocos convierten en estatuto metafísico. Sabines, dice Juan Bañuelos, “nos enseñó a ver el universo como algo común y, al igual que Chesterton, nos confirmó que lo ordinario es lo que verdaderamente hay de extraordinario en las cosas”.

Elías Nandino le dice, vía epistolar, acerca de su poesía:

Encontré entre sus versos, atrevidos y originales aciertos. Sus palabras muy suyas; sus metáforas, ricas, casi detonantes; sus imágenes, casi clínica desnudez; su soledad rilkiana; su angustia a lo Rimbaud y su desolación a lo Vallejo; me interesaron vivamente [...] Siento orgullo cuando entre nosotros hace presencia uno nuevo que canta sin careta, sin posturas, sin pretensiones intelectuales, y que dice lo que siente con la espontaneidad del veneno que florece el agua. Sí, poeta Sabines: usted ya ha encontrado su camino. Su paraíso es su angustia.

Jaime Sabines usa palabras comunes, groserías, y no le importa, porque uno es el aspecto estilístico –piensa– y otro el mo-

ral. “El único límite para la poesía es la verdad, la autenticidad, la conformidad con el hecho emocional.” No hay buenas ni malas palabras, todas significan algo en un contexto propicio. La grosería, la vulgaridad no radica en el lenguaje sino en la actitud que tomemos, en la carga emocional que tengan las palabras para defenderse contra impugnaciones formales.

Juan Bañuelos ha dicho que Sabines liberó a la poesía:

de ese complejo de pequeñez a que la habían reducido las generaciones anteriores, es decir, los poetas de una poesía sutil, crepuscular, de medio tono, característica del Altiplano. La de Sabines tampoco era una voz tropical. Fue una nueva interpretación de la realidad y del lenguaje [...] Su poesía es una desconocida para sí misma, sus versos no tienen otra razón de ser que el poder del que han nacido: cada poema de Jaime es una impugnación cuya naturaleza va más allá de lo estrictamente racional...

Sabines ha dicho que todos los lenguajes poéticos llegan a la obsolescencia, por eso no ha buscado la originalidad sino ser original. Su estilo surge de la realidad, fresco, cotidiano, sencillo, y también amargo, angustiante y fuerte. La técnica siempre debe estar al servicio de la gran poesía, y en su caso —él mismo lo admitía— la técnica pasa inadvertida, detrás hay un oficio y un conocimiento del lenguaje que no necesita ostentarse para existir.

Eduardo Lizalde ha considerado que la poesía de Sabines es:

de una sola cuerda [...] no es un poeta popular ni algo que se le parezca: es un poeta de formación culta y la aparente simplicidad, naturalidad y estilo coloquial de sus poemas no lo es tanto. No es tan simple [...] es más bien un poeta que cultiva un solo, enérgico e imponente tono lírico.

Y Octavio Paz dice en *Poesía en movimiento*:

Jaime Sabines se instaló desde el principio, con naturalidad, en el caos. No por amor al desorden sino por fidelidad a su visión de la realidad.

Es un poeta expresionista y sus poemas me hacen pensar en Gottfried Benn: en sus saltos y caldas, en sus violentas y apasionadas relaciones con el lenguaje (verdugo y enamorado de su víctima, golpea a las palabras y ellas le desgarran el pecho), en su realismo de hospital y burdel, en su fantasía genésica, en sus momentos pedestres, en sus momentos de iluminación, su amor es una lluvia de bofetadas, su risa un aullido, su cólera es amorosa y su ternura, colérica. Pasa del jardín de la infancia a la sala de cirugía. Para Sábines todos los días son el primer y último día del mundo.

La obra de arte se da por frustración

Sábines consideraba que su poesía evolucionó con su propia vida, se acendró, incluso se volvió más sencilla, más económica de medios y más sintética. Escribía poesía de manera natural, porque es lo que sabía hacer. Los cuentos y las novelas no se le dieron. Lo de él fue la síntesis, la concreción mayor, porque habla de cargas anímicas acumuladas que exigen el cause explosivo de la poesía. “El poema es así, el testimonio de las horas del hombre sobre la tierra. Canto o lamento, queja o protesta, grito o balbuceo; el poema debe ir siempre oscuro de hombre.”

El poema es un acto de tremenda lucidez. Surge de la desesperanza, de la alegría, del dolor o del tedio, emociones que conducen a los primeros versos. Aunque no se trate de inspiración, sí puede hablarse de un alumbramiento. La inteligencia no basta para escribir poesía, hace falta la emoción. Los libros de poesía no son producto de una disciplina sino de un alumbramiento, son como un embarazo. Un libro de poesía no se puede proyectar, porque la poesía viene desde dentro de uno mismo, crece como vivencia emotiva.

Yo creo que la poesía es producto de la inadaptación del hombre; es la inconformidad y la insatisfacción del hombre lo que le conduce al arte, el

arte es producto de esa inadaptación. Yo no vivo para la poesía, vivo para tener la sensación de plenitud de la vida, entonces son mis frustraciones las que me hacen escribir poemas, mis limitaciones, mis carencias. Creo que antes que nada hay que ser auténticos: si tengo un periodo de esterilidad no me preocupa porque en realidad no tengo la aflicción de ser poeta...

Para algunos, vivir como poeta es desprenderse de la realidad, como si la condición fuese un privilegio. Pero Sábines prefiere vivir a lo hombre, como Goethe:

Que era un hombre muy macizo, muy entero, que vencía sus propios demonios, se controlaba, porque uno tiene la tendencia siempre a desbarrancarse, a caer en el abismo, y creo que se debe vivir a lo hombre precisamente en este sentido, de control de sus propios demonios, de ser, pues, como la gente común y corriente. Yo tengo que trabajar, tengo que sostener una familia, tengo que criar a mis hijos, y no por el hecho de ser poeta voy a eludir esas responsabilidades del hombre. La poesía no es un privilegio en el sentido de ser diferente a los demás hombres, de tener derecho a lo que los demás no tienen. No quiero dar normas de conducta a nadie pero en mi caso creo que así ha sido, la poesía debe ser el producto de un esfuerzo, de un control, de una disciplina y de orden interior...

La poesía es como el amor, la satisfacción no suprime el deseo sino lo revive indefinidamente, es decir, el acto creativo llega a convertirse en una necesidad, se vive desde él, para él. Un hombre contento, tranquilo, no necesita escribir poesía. Lo apetecible es alcanzar la perfección, pero cuando se alcanza se llega al silencio, la palabra se vuelve innecesaria, se existe en comunión con las cosas. La obra de arte "se da por frustración, se da por el contacto del hombre con el mundo, con las cosas, con el pensamiento, con los seres. Pero es siempre, digamos, una mutilación del hombre. Mientras el hombre esté mutilado, mientras el hombre esté herido, mientras el hombre esté con el deseo de expresar la cosas es porque no las ha alcanzado".

Si la poesía es este contacto con las cosas, si es el descubrimiento y resplandor de la vida, el contacto con la verdad del hombre, entonces el poeta está condenado a vivir, a no salirse del mundo. No hay distracción posible. Todo debe ser escrito, hacerse constar. “El poeta es el escribano a sueldo de la vida. Y esto es odioso y repugnante muchas veces. ¿Es que hice el amor sólo para hablar del amor? ¿Es que me enamoré de los árboles y el viento sólo para hablar del campo? ¿Es que se murió mi padre y se murió mi madre y se murieron mis amigos porque era necesario que yo hablase de la muerte y estuviese chupando su tubo infinito?”

Y a esta condición de instrumento, de simple instrumento, el poeta Jaime Sabines no se resigna. Y el poeta pelea contra los dioses, contra el destino. “Y quiere la comodidad pero no tanta, y desea la sensatez pero la desprecia, y pide la cordura en la asamblea de locos, contradicción, incertidumbre, reunión de opuestos, es el poeta, unidad verdadera y profunda.” Y la prudencia, siempre la prudencia, esa “puta vieja y flaca que baila, tentadora, delante de los ciegos...” Pero el corazón del poeta Sabines sólo ama el riesgo, sin dejar de vivir a lo hombre: contradicción, flagrancia, paradoja, reunión de contrarios que señalan a la existencia, pero no como un estigma sino como el lugar donde el sentido se alcanza y se pierde dialécticamente.

La poesía, pues, es una impudicia, una confesión, se escribe para que la vida no se desvanezca, y para sobrevivir, y para vivir.

Cuando escribo —confiesa Sabines— lo único que sé es que sufro de dolor, de esperanza, de alegría; sé que estoy sufriendo y que necesito decirlo... No escribo para la forma, ni para el prestigio, ni para los premios. Escribo para decir, para confesarme con mi amigo desconocido, para tender un puente de hombre a hombre.

Por eso se escribe, para sacarse el dolor, y para decirlo todo, para expulsar los demonios insistentes como la muerte, la

soledad, la impotencia, y se escribe para salvarse, como una necesidad fisiológica, por necesidad ontológica. Así, la poesía deja de ser una vocación y se convierte en un destino.

Poetas mentirosos, ustedes no se mueren nunca.
Con su pequeña muerte andan por todas partes
y la lucen, la lloran, le ponen flores,
se la enseñan a los pobres, a los humildes a los que
tienen esperanza.
Ustedes no conocen la muerte todavía:
cuando la conozcan ya no hablarán de ella,
se dirán que no hay tiempo sino para vivir.

Es que yo he visto muertos,
y sólo los muertos son la muerte,
y eso, de veras, ya no importa .
"Así es ", fragmento.

La esperanza, asustada, se refugia en los niños
y en los tontos
y en nosotros, los que todavía, por la gracia del verbo,
somos desgraciados.

Carta a Jorge, fragmento

Mi sangre es sangre de hombre
y no la compré ni la regalo.
Cae gota a gota de mi lengua cuando hablo
porque tengo la lengua en mi quijada
clavada con un clavo.
Pero mi sangre abunda,
y de todos los que no esperan nada esperanzados.

En medio de las risas, fragmento

Hay un idiota como yo andando,
platicando con gentes y fantasmas,
echándose en el lodo y escarbando
la mierda de la fama.
Puerco de hocico que recita versos
en fiestas familiares, donde mujeres sabias
hablan de amor, de guerra,
resuelven la esperanza.
Puerco el mundo fácil
en que el engaño quiere hacer que engaña
mientras ácidos lentos
llevan el asco a la garganta.

Los días inútiles, fragmento

Invención o descubrimiento

Jaime Sabines escribía en unas libretas grandes con escasas tachaduras porque corregía poco, en el acto simultáneo de la escritura, esto es, mentalmente. A la hora, a la media hora cambiaba una palabra, una coma, tachaba aquí o allá, todas eran pequeñas correcciones. Muchas veces, incluso, no eran necesarias, porque hay poemas que ya vienen hechos, como si fueran dictados. Lo que nunca hacía es reconstruir un poema. O bien salía y quedaba contento, o bien no salía y lo rompía. El poema exige salir, aunque a veces es necesario “escribir líneas sueltas para aflojar un poco la pluma, para citar al toro de la poesía”. En la poesía lo importante no es inventar sino descubrir, el que inventa falsea su naturaleza. “El poema no tiene más que una medida: la de su autenticidad.”

La mayoría de sus poemas los escribió de noche. Sólo una temporada, mientras estuvo en su rancho Yuria, escribió al amanecer, y *Diario semanal*, que fue escrito en la tarde.

Escribía en la cama, cómodo, recargado sobre su costado izquierdo, con una taza de café, un cenicero y muchos cigarros. Y siempre, siempre hablaba de lo que había vivido, pues todo lo que se hace al margen de la experiencia emocional es, en la poesía, construcción verbal, juego entretenido, pero no revelación ni revelación del mundo real. Podían pasar años, dos o tres, sin que escribiera una sola línea, y luego, en veinte días o un mes, salía un libro, sin haberlo planeado, sin escribir por disciplina.

Reconocimientos

Entre 1976 y 1979 fue diputado federal por Chiapas. Este último año su hermano Juan es nombrado gobernador interino de su estado (1978-1982) y Jaime viaja de la ciudad de México a Chiapas para apoyarlo y fungir como su asesor. En 1982, año en que hace erupción el Chichonal, le es otorgado el Premio Elías Sourasky. Sabines se encontraba en Pichucalco cuando se enteró de la noticia, pero le parecía fútil que mientras él era así distinguido, la naturaleza se encargaba de decirle lo poco importante que son estas vanaglorias y la pequeñez humana y el desamparo ante lo verdaderamente ingente: “me premian, luego existo”. Al final, nadie puede vivir con la verdad de modo permanente, y al poeta sólo le queda el territorio humano, único donde tiene sentido la esperanza y el desencanto.

Al finalizar la gubernatura de su hermano, decidió seguir viviendo en Chiapas, pero alejado de toda ciudad. Compró un rancho cerca de los Lagos de Montebello, a escasos kilómetros de las ruinas de Chicuiltik, rancho al que bautizó con el nombre de Yuria. Quiso, de modo persistente, cultivar la tierra, pero no se pudo debido a los fuertes vientos de Los Altos. Sin embargo, se sostenía gracias a la buena calidad de los quesos, de la leche y de los huevos, todo lo cual era vendido en Comitán. Fue una época de contacto con la naturaleza, de

serena contemplación. En 1988 y hasta 1991 es elegido diputado por el Distrito Federal, motivo por el cual deja su rancho, que más tarde tiene que vender pues no puede atenderlo como él quiere.

El mismo año en que compró Yuria, 1983, recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes. En 1986, con motivo de sus sesenta años, es homenajeado por la UNAM y el INBA. Este mismo año el gobierno del estado de Tabasco le entrega el Premio Juchimán de Plata. El 12 de noviembre de 1989, al salir de casa de un amigo, tropezó en un escalón y la caída le molió el fémur. Desde entonces, debido a una infección mal atendida, sufrió treinta y tres intervenciones quirúrgicas. En 1991 el Consejo Consultivo le otorga la Presea Ciudad de México y en 1994 el Senado de la República lo condecora con la medalla Belisario Domínguez. Por su libro *Pieces of Shadow (Fragmentos de sombra)*, antología de su poesía traducida al inglés y editada en edición bilingüe, Jaime Sabines gana el Premio Mazatlán de Literatura 1996.

Falleció el 19 de marzo de 1999, víctima del cáncer.

Bibliografía

- Sabines, Jaime. *Horas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, Departamento de Prensa y Turismo, 1950.
- . *La señal*, México, Talleres de la Impresora Económica, 1951.
- . *Tarumba*, México, Jesús Arellano Editor, 1956. (Colección Metáfora, 1)
- . *Poesía de la sinceridad* (antología), Tlaxcala, Huixtla, 1959.
- . *Diario semanal y poemas en prosa*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1961.
- . *En mis labios te sé*, México, Cuadernos del Cocodri-
lo, 1961.

- _____. *Recuento de poemas*, México, UNAM, 1962.
- _____. *Yuria*, México, Joaquín Mortiz, 1967.
- _____. *Maltiempo*, México, Joaquín Mortiz, 1972.
- _____. *Algo sobre la muerte del Mayor Sabines*, México, Joaquín Mortiz, 1973.
- _____. *Nuevo recuento de poemas*, México, Joaquín Mortiz, 1977.
- _____. *Poemas sueltos*, México, Ediciones Papeles Privados, 1981.
- _____. *Nuevo recuento de poemas* (edición aumentada), México, Joaquín Mortiz, 1983.
- _____. *Poesía*, La Habana, Cuba, Casa de la Américas, 1987.
- _____. *Uno es el hombre* (selección del poeta), con acuarelas de José Luis Cuevas y fotografías de Daisy Ascher, México, Editorial del PRI, 1989.
- _____. *Otro recuento de poemas. 1950-1991*, México, Joaquín Mortiz-CNCA-Programa Cultural de las Fronteras, Instituto Chiapaneco de Cultura, 1991.
- _____. *Pieces of shadow. Selected poems of Jaime Sabines*, tr. por W. S. Merwin, edición bilingüe (español-inglés), México, Ediciones Papeles Privados, 1995.

Hemerografía

“Crónicas del volcán”, suplemento *La Oveja Negra* del periódico *El Sol de Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, agosto de 1982.

Discografía

Jaime Sabines, presentación de Ramón Xirau, México, UNAM, 1965. (Colec. Voz Viva de México)

Encuentro, poemas de Sabines musicalizados por Paco Chanona, México, Grabaciones Sonosur, 1972.

Jaime Sabines. Y la poesía se hizo..., México, Fonarte Latino, 1988.

Jaime Sabines en Bellas Artes, México, INBA-FCE, 1996.

Videografía

Homenaje Nacional a Jaime Sabines. 70 años, México, INBA, 1996.